

VIOLENCIA URBANA Y SEGURIDA PÚBLICA: PERSPECTIVAS

Carlos Alberto Elbert^(*)

“Si apostamos a una Argentina donde no estén todos sentados a la mesa, donde solamente unos pocos se beneficien y el tejido social se destruye, donde las brechas se agrandan siendo que el sacrificio es de todos, entonces terminaremos siendo una sociedad camino al enfrentamiento”.

MONSEÑOR JORGE BERGOGLIO,

*Arzobispo de Buenos Aires,
Homilía del 25 de mayo de 1999.*

“Nadie tiene derecho a la existencia si no encuentra puesto su cubierto en el banquete de la vida”.

THOMAS ROBERT MALTHUS

I. LA MARGINALIDAD LATINOAMERICANA COMO PRODUCTO SOCIAL DEL PARADIGMA ECONÓMICO DOMINANTE.

Explicar e interpretar la sociedad vigente se ha tornado un desafío a la imaginación, en especial si se insiste con las categorías explicativas en uso hasta comienzos de esta década, o - peor todavía - si se intentan trazar proyecciones de futuro. La desarticulación social de hoy, los cambios en las tecnologías y los sistemas productivos y financieros, hacen que tal vez ya no se deba

^(*)Profesor de Criminología, Universidad Nacional de Buenos Aires.

seguir hablando de capitalismo, y de allí los neologismos en uso para denominar este proceso: «capitalismo salvaje», «neoliberalismo», «economías sociales de mercado» o «globalización económica», que no hacen sino redefinir un proceso en curso de temibles proyecciones y consecuencias. Desde el darwinismo social, el capitalismo nunca había sido tan descarnado y voraz en su codicia ni había arriesgado tanto, convirtiendo al planeta en un casino de inversores inescrupulosos, en el cual las fichas en juego representan países, sociedades, destinos colectivos:

La prioridad en las políticas del estado la tienen los hombres de negocios, que dictan a los gobernantes las medidas correctas según una lógica de rentabilidad excluyente, conforme a la cual **importan más las cifras que las personas**. Uno de los efectos más destructivos del actual proceso globalizante, es el establecimiento de un agudo **sistema de exclusión**, en primer lugar del trabajo, luego de los servicios sociales y finalmente de la propia sociedad, denominación genérica colectiva que aludía a un ámbito general de repartos, que carece ya de generalidad.

No van quedando valores que cohesionen, sino apremios que dividen. La conciencia social de quien está excluido de la sociedad es el sentimiento de insignificancia e inutilidad, de falta de futuro, de odio o tal vez la envidia enfermiza hacia quienes tienen lo que se necesita para vivir, o hacia quienes nadan en la abundancia y la exhiben con modales de raza superior.

La marginalidad difiere de la pobreza, porque «el marginal» abandona las pautas de integración cultural a la sociedad, los hábitos de trabajo y destruye los contactos familiares, los vínculos de amistad y hasta el cuidado físico. Es alguien que se aísla en la muchedumbre, que olvida el mundo de procedencia y se desentiende del nuevo con el cual se vá relacionando.

De este cuadro de deterioro psicosocial a la violencia y el delito no median más que circunstancias. La inseguridad que generan estos factores de la realidad abarca tanto lo público **como lo privado y en todas las esferas se van imponiendo**, como modelos de conducta, la agresividad y el conflicto. **Actualmente** parece notorio que el estado normal de la comunidad humana es el *enfrentamiento y no la cooperación*.

Las situaciones de constante tensión y exigencia de las grandes urbes, repercuten fuertemente en todos los indicadores sociales; así, por ejemplo, se percibe un claro aumento estadístico de la tendencia al suicidio en todas las edades, que alcanza sus mayores picos entre ancianos y adolescentes. También se suceden inmolaciones familiares, en las que alguno de los padres mata al conyugue, los hijos y luego se suicida. En la juventud se evidencia también una tendencia desvalorizante de la vida ajena, expresada en las agresiones con armas, la avidez por las artes marciales, la manera de conducir vehículos o en el consumo de drogas en las condiciones de mayor exposición para la salud. Cada sujeto urbano se ocupa de sí mismo hasta la obsesión, y los actos comunicativos parecen haber adquirido naturaleza plástica: se habla poco, lo necesario para alcanzar fines utilitarios, se evitan los debates, las concesiones y las exteriorizaciones e intercambios de ideas. La soledad, la depresión y el autismo marcan fuertemente el carácter urbano moderno, multiplicando la neurosis general, que estalla en miles de pequeños incidentes cotidianos. La salud y la alimentación se descuidan, en el esfuerzo por conservar o lograr un puesto de trabajo, dentro de condiciones cada vez más exigentes.

II. GÉNESIS Y CARACTERÍSTICAS DE LA MARGINACIÓN LATINOAMERICANA.

No es una novedad que haya marginados en nuestros países, en muchos de los cuales, la exclusión se manifestaba o

sigue manifestando en toda su crudeza en el ámbito rural. Sin embargo, la impronta característica del momento histórico actual, está acaparada ahora por el fenómeno de la concentración urbana.

Distintas proyecciones indican que en el año 2015 el 56% de la población mundial vivirá en ciudades o áreas urbanas. En 1975 la población urbana de países subdesarrollados era de un 26% del total, y en el año 2015 superará el 50%. Para apreciar mejor la velocidad notable de este crecimiento, cabe recordar que en 1950 el 83% de la población de los países subdesarrollados vivía en zonas rurales. Según informes de 1996 de la Organización Panamericana de la Salud, la población rural de América latina disminuirá en 15 millones en los próximos 30 años, pasando de 121 millones en 1995 a 106 millones en el 2025.

La tendencia a radicarse en las ciudades, desencadena un «efecto dominó» de consecuencias, siempre imprevistas, que están caracterizando a las grandes ciudades latinoamericanas. Allí se generan barrios enteros en el lapso de días o noches, como sucede en Lima, siempre en condiciones de máxima precariedad, circunvalando gradualmente el centro de las ciudades, de lo que Caracas, Río de Janeiro y Lima son ejemplos concluyentes. En esos sitios los recién llegados aprenden a coexistir con los excluidos urbanos, muchas veces de la misma ciudad, quienes poseen el conocimiento y la subcultura local, que generalmente ejercen como factor de poder sobre los inexpertos, generando complejas relaciones de sometimientos y fidelidades a los grupos violentos hegemónicos dentro de las zonas marginales, porque a «la otra sociedad» - la oficial - no puede recurrirse. Los factores convergentes que disparan la marginalidad multitudinaria, surgen de un complejo de circunstancias que analizaré a continuación.

III. MIGRACIONES Y EXPLOSIÓN DEMOGRÁFICA.

El problema urbano nace de una migración interna, propia de cada país, y suficientemente conocida. En Brasil, la población de San Pablo, cuarta en el mundo por cantidad de habitantes, aumenta cada año en 250.000 habitantes. Un proceso similar se verifica en ciudad de México, tercera ciudad más habitada del mundo.

En Argentina, un país de poca población y mucha superficie, se registran en los últimos diez años corrientes migratorias internas de movilidad súbita, que se concentran en torno a las tres ciudades más grandes: Buenos Aires, Rosario y Córdoba.

Buenos Aires, la sexta ciudad más poblada del mundo, **duplicó** su población en los últimos 40 años, y hasta el año 2000 habrá crecido un 15% en la década, llegando a los 13 millones.

Mientras tanto, en relación a 1950, Río de Janeiro, Bogotá, y México acrecentaron **seis veces** su población. En 1950 había en toda América 22 ciudades de más de un millón de habitantes, 15 en América del Norte y 7 en América Latina. En la actualidad son 76, 36 en el norte y 40 en el centro y sur.

Las dificultades que ocasiona a nuestras grandes ciudades el aluvión de migrantes internos son bien conocidas: crecimiento desordenado, falta de infraestructura sanitaria y educativa, desempleo, contaminación, discriminación, etc.

Sin embargo, los graves efectos causados por las migraciones internas no agotan la problemática, debiendo sumársele la tendencia migratoria mundial, sin precedentes en la historia de la humanidad. La miseria y las guerras locales determinan la fuga de sus lugares de origen de unas **10.000 personas por día en el mundo**, según estimaciones del Comisariado para Refugiados de las Naciones Unidas, y estas huídas en masa

sumarían ya 23 millones de personas, constituyendo una cantidad diez veces superior a la situación de hace 25 años. A ellos deben sumarse los 125 millones de personas migrantes por razones económicas que calculó la **Conferencia sobre Población y Desarrollo de las Naciones Unidas**, reunida en El Cairo en septiembre de 1994. Esa cantidad de personas representa **el 2,5 % de la población mundial** y en América Latina genera corrientes de emigrantes que se dirigen tanto hacia países latinoamericanos alternativos, como hacia afuera de América Latina. Internacionalmente, la mayor migración latinoamericana es la de mexicanos hacia Estados Unidos, seguidos en menor cuantía por dominicanos, haitianos y centroamericanos de todos los países.

En la III conferencia de la Red Social de Naciones Unidas que auspicia la OEA, realizada en Panamá en 1996, se declaró que **el 40% de la población latinoamericana** asentada en las grandes urbes vive en la pobreza, mientras que **en las zonas rurales alcanza al 65%**. Estas condiciones están provocando, en todo el mundo, **el mayor desplazamiento de población de todos los tiempos**, y si tales problemas no se solucionan, quedará comprometida la paz mundial, según consta en el plan de acción de la cumbre.

El desborde de la migración mexicana favoreció la aprobación por el Senado estadounidense, en mayo de 1996 - en medio de una verdadera histeria antiinmigratoria - de la construcción de una triple verja de metal de **tres metros de altura y casi 23 kilómetros de largo**, en la frontera con México a la altura de San Diego y Tijuana, **a un costo de 12 millones de dólares**. La verja tendrá sensores y un enorme sistema de iluminación. También se previó la duplicación de los miembros de la patrulla fronteriza, **llevándolos a 10.000** y se acumulan, además, proyectos de legisladores y gobernadores radicales, proponiendo medidas como el retiro de nacionalidad,

expulsiones masivas, etc. En cuanto a las migraciones internacionales hacia otros países latinoamericanos, basta recordar el tránsito hacia México de otros centroamericanos, generalmente como paso previo a su meta norteamericana. También fue numerosa la emigración de ecuatorianos y colombianos hacia una Venezuela antes próspera, o de bolivianos, peruanos, chilenos, uruguayos y paraguayos hacia Argentina, país donde la cantidad de indocumentados se cifra en **un millón de personas**, pese a que miles son expulsados anualmente y rechazados en los mismos puestos de frontera (1).

Pese a todo lo dicho, debe tenerse en cuenta otro factor migratorio que está cambiando la composición urbana de América Latina: el arribo legal o clandestino de emigrantes asiáticos en grandes cantidades. En muchos casos, Argentina es sólo escala intermedia camino a Estados Unidos. Según las investigaciones, 5000 asiáticos por año ingresan ilegalmente a Argentina (2).

Otro factor que incide en la concentración urbana de la población es el **crecimiento demográfico**. Las opiniones predominantes en el campo especializado y los técnicos de las Naciones Unidas, hablan de un crecimiento de **tres habitantes por segundo o de 250.000 por día y 80 millones por año**. En 1987 la población mundial alcanzó a 5000 millones de personas, que en 1998 se transformaron en 6000 millones, con lo que se **duplicó entre 1950 y 1992**. Las progresiones resultan impactantes, tomando en cuenta que, **previamente, se necesitaron 123 años para que la población mundial pasara de 1000 a 2000 millones, y sólo once para el reciente salto de mil millones hasta la cantidad de hoy**. Ello hace especular con una población mundial que en el 2025 podría alcanzar a los **9 mil o 12 mil millones**. En América Latina somos, al finalizar el siglo, 480 millones, pero más de la mitad están ubicados en sólo dos países: Brasil y México. Por otra parte, la demografía

latinoamericana puede evolucionar hasta unos **760 millones para el 2020**. Más del 98% del aumento de población se registrará en los países en desarrollo, dentro de los cuales, si bien América Latina será el área con menor crecimiento demográfico, presentará una característica inédita: la concentración en las franjas más jóvenes y más viejas, que pone a prueba nuestras posibilidades sociales para dar trabajo y cobertura social a tantas personas que inician su ciclo, dando simultáneamente asistencia a quienes son mayores de 60 años (3).

Los efectos **ecológicos** de la superpoblación se expresan en datos tales como la deforestación, el 80% de la cual es causada en nuestro planeta por los carenciados, que se valen de la madera como único combustible. La consecuencia es la erosión, que cada año devora **25 mil millones de toneladas de buenas tierras** que no volverán a fructificar. África y el nordeste brasileño son ejemplos claros de estas concatenaciones **de causas sociales y efectos ecológicos**.

Para el **Population Institute** de Estados Unidos, y para el **Instituto Internacional de Análisis Aplicados** con sede en Luxemburg, Austria, la natalidad está disminuyendo en todo el mundo. Las causas no radican en algún tipo de planificación o repentina toma de conciencia demográfica, sino, simplemente, en la progresión de las muertes que serán causadas por el sida y otras enfermedades infecciosas y la caída de la fertilidad por razones sanitarias y de alimentación. (4).

Sea que se tomen como base los pronósticos pesimistas o los optimistas, puede apreciarse que la demografía mundial augura *tiempos difíciles para la humanidad*. Si la progresión que se verifica es la de la multiplicación de la fertilidad en el tercer mundo, las inmensas masas de personas desposeídas adoptarán conductas muy difíciles de controlar, sobre las que debemos hacer un análisis final.

IV. URBANIZACIÓN, DISTRIBUCIÓN GEOGRÁFICA DE LA VIOLENCIA Y SEGURIDAD.

En América Latina, faltan pocas décadas para que los habitantes de ciudades lleguen a ser entre el 60 y el 80% de la población total de cada uno de nuestros países. **La criminología deberá, en consecuencia, centrar su visión en la fenomenología urbana, porque ella conformará decisivamente el modelo de control del siglo venidero, o cuanto menos el de sus primeras décadas.**

¿Qué nos dicen nuestras grandes ciudades cuando concentramos la atención en ellas? En primer lugar, el modelo internacional indica que los más pudientes se retiran hacia la periferia, y que sólo desempeñan su labor profesional en el área céntrica. Los barrios que las clases altas y medias van abandonando, terminan convirtiéndose en áreas de inmuebles ocupados por marginados, que continúan una vida precaria dentro de edificios muchas veces en ruinas o al borde del derrumbe, y carentes de servicios sanitarios mínimos o confiables.

Los ricos tienden a acentuar sus contactos «entre iguales» que se verifican en espacios exclusivos y vigilados, por lo general barrios cerrados de gran confort y servicios a precios astronómicos. Los que permanecen en la ciudad, se establecen en zonas aristocráticas, dotados de mucha vigilancia privada y pública, transportes especiales a los sitios de trabajo y educación y otras facilidades. En las zonas diferenciadas de una misma ciudad, sus protagonistas son diferentes, se ignoran entre sí, y se irritan ante la irrupción de extraños de caracteres distintos a los deseables para su grupo de pertenencia (5).

El modelo de vida urbana moderna se torna, entonces, también excluyente, formando ciudades dentro de cada ciudad. Este proceso desestructura a los marginados, mientras homogeneiza valores y opciones culturales de los afortunados, los que todavía posean chances de integración.

Las masas excluidas se acomodan donde pueden, en los intersticios de la ciudad: bajo los puentes de las autopistas o los ferrocarriles, en torno a las estaciones de transporte, en plazas o terrenos fiscales, en baldíos o edificios ruinosos, o simplemente en la calle, durmiendo en cualquier parte. Estos grupos excluidos tienen una característica opuesta a la de los favorecidos: su heterogeneidad y su coexistencia con situaciones de abuso y violencia como regla habitual de vida. **Los espacios de las ciudades se tornan, en realidad, ciudades distintas, con habitantes, reglas y modelos de conducta muy variables.** La violencia hacia el intruso o los iguales no deseados, marcan fuertemente a las favelas o villas miseria, donde la autoridad no ingresa, o lo hace masivamente, en el curso de operativos espectaculares, que en Río de Janeiro o Colombia suelen quedar a cargo del ejército. Por otra parte, si no fuera por el auge de la delincuencia callejera y del tráfico de drogas, poco importaría a las autoridades lo que sucede dentro de las zonas marginadas, incluido el control social.

La integración en zonas distintas favorece la atomización de lo social en pequeños grupúsculos de subculturas y hábitos distintos. Crece el grado de fragmentación que existe entre subgrupos, y también la incapacidad de reconocerse como un sector colectivo capaz de demandas, o de iniciativas autogestionarias capaces de mejorar su situación material.

Lo cierto es que en materia de políticas oficiales nada se hace para satisfacer los reclamos contradictorios de las diversas sociedades subculturales. Las pocas herramientas de que se puede disponer todavía pierden legitimidad por falta de reconocimiento y aceptación colectiva: unas pocas comisarías, consejos vecinales y alcaldías no pueden contener ya la complejidad del desborde conflictivo, que va tomando caminos propios, improgramables, discurriendo según normas y modos de coexistencia paralelos al mundo jurídico oficial.

V. PRIMERAS IMÁGENES DEL APOCALIPSIS.

Al empeoramiento sostenido de las condiciones de vida de las grandes ciudades, con poluciones de toda clase que contaminan el aire, el agua y la acústica, con tránsitos caóticos e incontrolados, inundaciones y hasta terremotos, debe agregarse que deben contener a masas crecientes de personas empobrecidas, frustradas y violentas. La marginación urbana no para de crecer, rodeando el cuello de las grandes ciudades de América latina como un nudo corredizo, taladrando su corteza defensiva como un silencioso ejército de termitas. En ciertas ocasiones, la tentación de la proximidad al bienestar genera curiosas formas de rapiña; por ejemplo, el famoso «arrastao» de los niños y menores que bajan de favelas cercanas al mar en Río de Janeiro, y de pronto, irrumpen como un huracán en las playas repletas de bañistas, por donde corren, apoderándose de todo lo que encuentran a su paso. Recordemos que una de las posibles soluciones estudiadas por la autoridad, fue la de suspender las líneas de transporte que beneficiaban a los favelados, para que les resultase más difícil bajar y arrimarse a «la civilización».

La marginalidad multitudinaria hace que conflictos que antes eran previsibles y visualizables se expresen ahora de mil modos distintos, a raíz de la atomización de las solidaridades, afectos y odios. La fuerza ocupa crecientemente el rol central para las decisiones de poder en el ámbito marginal y muchos autores sostienen que nos enfrentamos a un regreso cada vez más tangible al estado de naturaleza, en ciudades sitiadas por pobres desesperados. Se ha establecido un estado de enfrentamiento social sin acuerdo posible, porque los poderosos no desean dialogar o repensar su situación de privilegio, sino reinar placenteramente, propiciando la exclusión violenta, e inclinándose a financiar o a convalidar cualquier exceso. Por su parte, la delincuencia contra la

propiedad adopta modalidades y técnicas más perfeccionadas y agresivas, ante los obstáculos a superar y riesgos a asumir.

En nuestras grandes metrópolis existen ya crecientes espacios de anarquía y atomización, y estos factores llevan a una creciente disolución del modelo contractual, con el que la historia humana venía legitimando la vida social por siglos. El peligro del caos y la anarquía distan ya de ser una hipótesis abstracta y se evidencian en las reacciones colectivas, especialmente en lo que se refiere al delito.

Históricamente, Europa vivió momentos de marginalidad masiva y errabunda tras guerras, pestes y hambrunas, especialmente durante el medioevo y su transición posterior a la Edad Moderna. La pena de muerte aplicada a discreción y la expulsión de los indeseables fuera de los muros de las ciudades resolvían el problema separándolos físicamente de la sociedad autosuficiente y establecida. Se trata, justamente, de la dicotomía «ciudad estado contra hordas errantes» que se evoca con incómoda frecuencia en las prognosis de muchos analistas.

La duración de la actual fase de deterioro social está produciendo también efectos involutivos en las pautas de vida de los humanos desfavorecidos, mostrando incluso consecuencias biológicas y genéticas. Los especialistas señalan que muchas enfermedades causadas por bacterias y virus que se transmiten entre personas, requieren de ciudades densamente pobladas para su proliferación, poniendo como ejemplo al sarampión, enfermedad que no subsiste en nucleamientos de menos de 300.000 personas. Lo cierto es que se asiste al regreso de enfermedades que se tenían por erradicadas en América Latina, como el propio sarampión, el cólera, la lepra, la tuberculosis y hasta la poliomielitis. El retraso madurativo de los niños produce crecientes efectos de enanismo y raquitismo, e incluso diferencias biológicas

importantes entre regiones de un mismo país; así, en Brasil, los nordestinos viven, en promedio, diez años menos que los paulistas.

En 1994, el mundo se estremeció con una noticia que expresaba cierta «animalización» de la especie humana: se trataba de los llamados «hombres rata» (homens - gabirú), un grupo de familias residente junto a un gran basural de Recife, donde se alimentaban de restos humanos patológicos (miembros amputados, fetos, etc.) desechados por los hospitales de la zona. En el basural de Peixinhos viven sesenta familias, con 90 niños (6).

También se constató en Argentina, en 1996, la situación de grupos marginados que integraban sus dietas con gatos, perros, roedores y ofidios.

Los artífices de las economías neoliberales están olvidando un dato esencial: la marginación y el deterioro social no cobrarán sólo víctimas directas, sino también indirectas: la debacle ecológica y social que asoma en el horizonte no es un espantajo para preocupar la conciencia de los poderosos: es una realidad que a su vez provoca efectos que alcanzarán incluso a los más opulentos, encerrados y custodiados en sus fortalezas. Se trata, sin duda, de una crisis social que impone reprogramar el estado, la política y las bases de la coexistencia, salvo que se pretenda seguir adelante ignorando los datos de la realidad más acuciante de todos los tiempos.

VI. ¿QUE HACER PARA DESACTIVAR LA BOMBA DE LA VIOLENCIA SOCIAL?

Una política criminal equilibrada requiere de un poder central que ejercite un **rol de garante** frente a los abusos y las disparidades sociales. Si no se apunta a este objetivo como punto de partida, la política criminal seguirá siendo un conjunto de recortes intercambiables, y el control, una espada sin cabeza,

porque nuestros sistemas legislativos presentan serios síntomas de obsolescencia, ineficacia y corrupción, siendo de esperar que, en un futuro no muy lejano, puedan ser sustituidos por mecanismos más ágiles, más tecnificados y con **mejores posibilidades de control democrático**.

La ideología policial es la causa principal de la radicalización y totalitarización del control, en tanto legitima recurrentemente los abusos que se pretende erradicar. Sin duda, son necesarios estudios más profundos de estos mecanismos, tan imperiosos como la introducción de los **cambios que pongan el control del accionar policial en marcos no sólo democráticos, sino también subordinados a un efectivo control cívico**. Es preciso, en suma, que la concepción moderna de la policía se adapte a las exigencias de la sociedad, desmontando la estructura inversa, en la cual la policía abusa de los ciudadanos e intenta insuflarles sus valores mediante la intimidación y la violencia.

Todavía es mucha la distancia que debemos recorrer hasta arribar a la discusión y consenso de proyectos pluralistas de control, pero la gravedad del cuadro de violencia urbana aconseja no perder tiempo. Como cierre de este trabajo, enfatizo que ha llegado el momento de **transferir la expectativa de elaboración democrática del control a sus protagonistas, víctimas y victimarios**, en un sentido similar a las gestiones del Tercer Sector. En este sentido, los grupos vecinales, las actividades de prevención comunitaria, la conciliación entre partes agresoras y agraviadas, así como una política cultural programática y consensuada sobre la violencia y las posibilidades de controlarla en situaciones cotidianas, apoyada por el estado a través los institutos de enseñanza y de los medios de difusión, podrían ser caminos válidos de **reducción de violencia social delictiva**. La espiral de reforzamiento del concepto de seguridad individual. El rumbo actual **bloquea todos los canales de diálogo posible con los diferentes excluidos**, a quienes sólo se concibe ocultos, lejos o encerrados **a partir de la dicotomía inculidos - excluidos**

está llevando a la disgregación, al odio social, a la imposibilidad de reconciliación como presupuesto de su presencia en la comunidad.

Si se descrea de cambios como los que se aquí se sugieren, y se continúa con las reiteradas improvisaciones de hoy, estaremos jugando con una bomba de tiempo ya activada, sin que los sectores de poder se resignen a reconocerlo, confiados en la frágil convicción de que los órganos de control formal les obedecen - todavía - de algún modo.

Solo desde la profundización democrática y la participación podrán conducirse políticas criminales efectivas en sus resultados, que deben apuntar a objetivos posibles y procesables con los recursos actuales. Las políticas actuales, por su parte y como se demostró en este trabajo, no resisten ningún balance que mensione su eficacia. Por fin, estoy plenamente convencido de que todo temor a democratizar el control es parte de las políticas que le temen y repelen la democratización de la sociedad y prefieren seguir valiéndose de herramientas jurídicas anticuadas, simbólicas y al servicio de un sector minoritario de nuestras sociedades (7).

NOTAS:

- (1). Sobre movimientos migratorios en el cono sur, y entre los países del Mercosur, puede consultarse el Informe Argentino sobre Desarrollo Humano 1996, Senado de la Nación, Buenos Aires, 1996, pag.63.
- (2). «**La Prensa**», Buenos Aires, 6.7.1998.
- (3). **Suplemento «Futuro»** : «La maldición de Malthus», Buenos Aires, 24.4.93 y «**Clarín**» Buenos Aires, 2 de septiembre de 1998.
- (4). «**Futuro**», Buenos Aires, 21.9.1996 y «**Clarín**», Buenos Aires, 29.12.1996.

- (5). El tema de la exclusión social en zonas de «abandono urbano» ha sido analizado detenidamente en la literatura anglosajona. Ver, por ejemplo, en castellano, **COHEN, STANLEY**, Visiones de control social, PPU, Barcelona, 1988, pag.328 y s.s.
- (6). **O Globo**, 15.4.94
- (7). Las ideas expuestas en este trabajo constituyen una síntesis del desarrollo del tema en el capítulo V de mi libro «Criminología Latinoamericana», parte segunda, Editorial Universidad, Buenos Aires, 1999. Se encuentra en prensa, en Editorial LTR de San Pablo, la traducción al portugués.